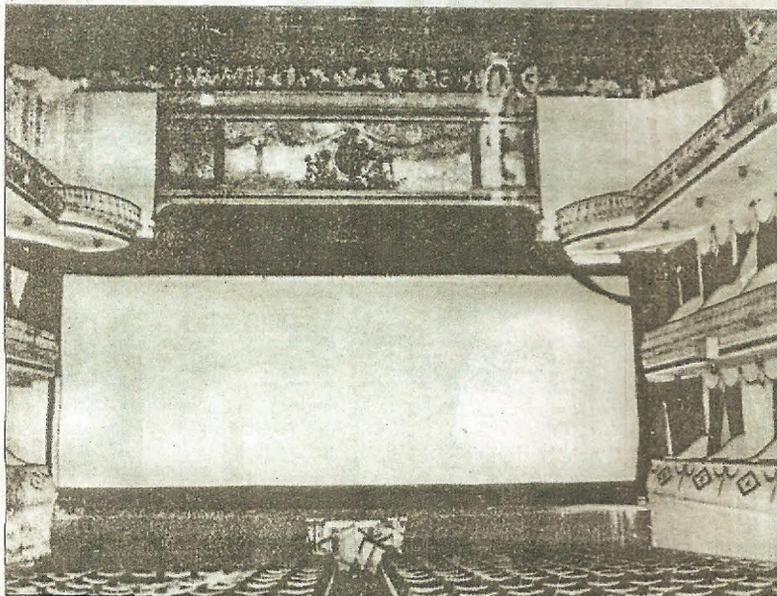


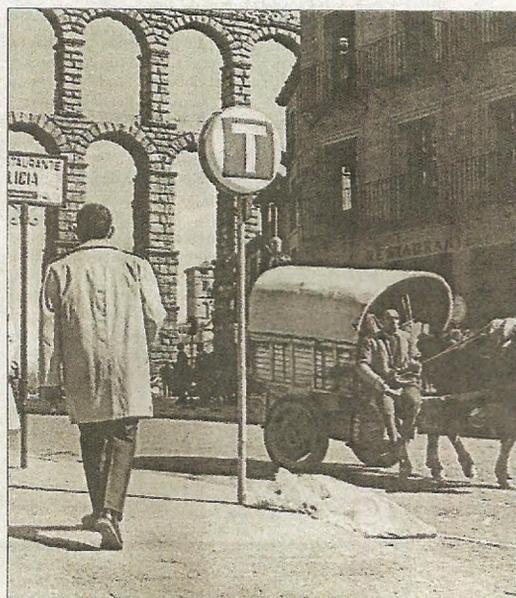
▶ ARTE

Un viaje al pasado por la Segovia de mitad del siglo XX

El Museo Rodera-Robles acoge una muestra en la que propone un recorrido por las vivencias de los segovianos durante los años 50 a 70 a través de imágenes de la ciudad y piezas de coleccionismo de los útiles más habituales



Las proyecciones en el mítico cine Cervantes comenzaron en 1923 y se prolongaron hasta que cerró sus puertas en 1987.



1966. El panadero realiza su reparto por la avenida Fernández Ladreda.



La iglesia de Santo Tomás habita un espacio vacío desde el que observar la Catedral.



La Cofradía de Alumnos y Exalumnos Maristas pasan frente al desaparecido convento de El Carmen en su camino al Viacrucis.

UN REPORTAJE DE LAURA GARCÍA / Segovia, 14 de abril de 1950. EL SADELANTADO publica *El tren Taigo en Segovia*. Con este titular mostraba una pequeña ráfaga de modernidad y progreso a una ciudad que, muy despacio, iba despertándose del letargo de una dura guerra civil y se encontraba entre la expectación y la inquietud propia de los años de posguerra. Esta noticia que los segovianos pudieron leer en papel, posiblemente también pudo ser escuchada en un receptor Telefunken modelo Bole-ro como los que, según el propio diario, se vendían en Casa Solera. Un comercio situado en la plaza Mayor—por entonces de Franco— que vendía a los segovianos los

transistores con los que informar-se a través de las ondas.

En el cine Victoria, echaban 'Pequeñeces', un film de Juan de Orduña en el que intervenían Jorge Mistral y Aurora Bautista. Mientras, el mítico Cervantes proyectaba 'Muro de tinieblas', un referente contemporáneo del cine negro americano, dirigido por Curtis Bernhardt e interpretada por Roberto Taylor y la bella Audrey Totter. Además, en EL ADELANTADO, también se anunciaba la actuación de la agrupación artística "Ciudad de los muchachos", se informaba del incendio en el almacén de carbón y leña de la Judería Nueva y se daba cuenta de las sospechas que el Generalí-

simo Franco tenía sobre la bomba atómica preparada por Rusia.

Esta pequeña pincelada, recordada desde las páginas del que por entonces era un pequeño periódico de provincia, es una muestra significativa de cómo discurría la vida de los segovianos en el primer año de la década de 1950. Año que sirve de preámbulo de esta exposición de fotografías y piezas de coleccionismo que van a provocar entre quienes las contemplan una mezcla de nostalgia y ternura. Especialmente, como es natural, entre aquellos que las pudieron vivir en realidad. Pero, por qué no, también entre los que conocen la Segovia de aquella época de boca de sus

padres y abuelos. Aquellos con los que visitar esta muestra para recordar tiempos pasados. Los recuerdos vendrán a la memoria a través de unas imágenes que evocan, con gran claridad, la realidad y circunstancias de nuestra ciudad en unos años en los que muy lentamente se iban a estructurar unas bases sobre las que Segovia iba a progresar y reinventarse con el paso del tiempo.

De esta forma, el Museo Rodera-Robles y los artífices de esta muestra—Juan José Bueno Maroto, Juan Ignacio Davía y Juan Pedro Velasco— presentan un conjunto de imágenes que van a permitir bucear a través de los recuerdos, impresiones y sonidos de

nuestra memoria. Ruidos que seguro relacionemos con las fotografías que se pueden contemplar en la exposición. Con la vista de las calles, los pequeños y emblemáticos rincones de la ciudad, los personajes conocidos y anónimos o los objetos que se presentan, aparecerán en nuestra mente sensaciones que forman parte de nosotros mismos, nuestra vida y la de nuestros seres queridos. Y, como es de esperar, cada uno le aplicará un filtro propio, reconociéndose en las estampas más cotidianas de Segovia, su Segovia. Esto es lo que conlleva acercarse a visitar esta muestra y vivir un repentinamente reencuentro con momentos de nuestro pasado, tanto



El Ayuntamiento decidió adecuar una zona del río Eresma y bautizarla como la Playa de las Arenas, lugar concurrido en el que los segovianos disfrutaban del verano.



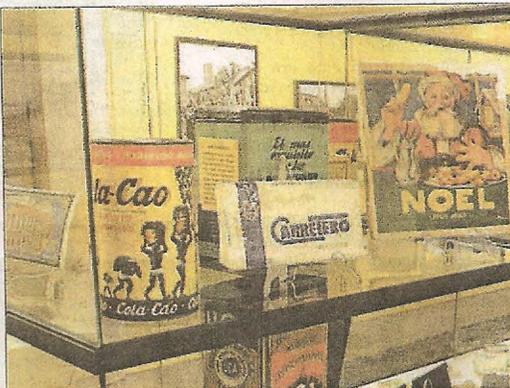
1955. El caramelero de los soportales del Azoguejo vende sus productos.

personal como colectivo, y que han formado parte de nuestra vida. Imágenes con las que sentirnos identificados sobre momentos que han hecho, tanto de nosotros mismos como de nuestra ciudad, ser lo que ahora somos casi sin darnos cuenta.

Sin dejar de lado el carácter artístico de la exposición, y teniendo también en cuenta el innegable valor histórico y testimonial de todos los elementos que componen esta muestra, lo más interesante de ella resultará el impacto emocional que cada una de las piezas tendrá sobre los espectadores. Una lavadora, un aparato de radio Telefunken, la enciclopedia infantil, un ejemplar de Arriba, botellas de anís

El Mono, Mirinda, Mahou o Coca-Cola..., una serie de piezas que llevarán al visitante, en un viaje al pasado, hacia su infancia o adolescencia en la que tampoco podían faltar las afamadas pipas *Facundo*.

Por ello, no faltarán los recuerdos del Coche de la Estación, el viejo autobús de M. Primicia que parecía no poder subir la cuesta de José Zorrilla. Tampoco los del aroma a pan recién hecho que acompañaba al carro del panadero que servía por los barrios de la ciudad, ni el que procedía del obrador de la Confitería La Viuda. Sonará la voz del caramelero que hacía las delicias de los más pequeños en la plaza del Azoguejo, y también lo hará la del vendedor de cupones



Toda una generación creció desayunando Cola-Cao y bizcochos Noel.



Quién no recuerda los famosos 'quintos' de cerveza y el refresco de Mirinda.

con su "veinte iguales para hoy" desde cualquier esquina de la ciudad. Los sonidos del alboroto juvenil en la Playa de las Arenas se mezclarán con el de los niños jugando en el Paseo del Salón. Y el silbato del guardia del Azoguejo volverá para poner orden a los que regresan de disfrutar de las ferias en Fernández Ladreda.

Se proyectan así dos décadas de Segovia a través de imágenes y títulos cotidianos. Pero el espectador tiene un cometido, interpretar cada elemento desde su visión, tomar cada uno de ellos como propio y dejar volar la mente para volver a esa pequeña ciudad de los años 50, 60 y 70 que lo único que buscaba era progresar en tiempos difíciles.

Un tiempo en el que, como comenta Fernando Ortiz, EL ADELANTADO se hacía eco de la llegada del hombre a la Luna. Una hazaña que el diario relacionó con nuestra ciudad ya que entre sus páginas publicaba un anuncio de un futurista cohete junto al que podía leerse: *Se sabe que el cohete que hará el viaje a la Luna va provisto precisamente de una lavadora de la marca BRU, expresamente adquirida en Casa Solera*. Quizá una publicidad digna del celuloide que tanto viajó a Segovia con sus estrellas más reconocidas, quizá una nueva leyenda que sumar a las múltiples que, como hará con las imágenes de esta muestra, cada segoviano ha hecho suyas.

El Museo Rodera Robles

El primero objetivo del Patronato rector de la Fundación Rodera-Robles al abrir su museo segoviano fue mostrar las obras de arte y colecciones que había reunido a lo largo de su vida el matrimonio formado por don Eduardo Rodera y doña Rafaela Robles. No obstante, el Patronato consideró que la apertura de un nuevo museo en la ciudad era una gran oportunidad para dar a conocer dos hechos muy importantes en la historia de la ciudad, ambos vinculados con la imprenta y el grabado.

Por un lado, en 1472, Segovia se convirtió en la cuna de la imprenta de España. Así, el obispo Juan Arias Dávila y Juan París de Heidelberg propiciaron la impresión del primer libro español, el Sinodal de Aguilafuente, que convirtió a Segovia en pionera en el arte de la impresión. Por otro, durante la Ilustración, Carlos III dotó a la ciudad de una imprenta y Escuela de Dibujo — con todos los elementos y trabajos que conllevaba — bajo la dirección de don Antonio Espinosa de los Monteros.

Estos dos vínculos históricos de la ciudad de Segovia con la imprenta y el grabado, llevaron al Patronato de la Fundación a adoptar una nueva línea de exhibición para el museo, dedicando parte de su espacio de exposiciones al noble mundo del grabado.

Hoy, el Museo Rodera-Robles está instalado en la conocida como Casa del Hidalgo, un ejemplo de vivienda urbana de la nobleza de los siglos XV y XVI, de cuyos primeros propietarios aún conserva las armas en varios puntos de su arquitectura. Aunque ha sufrido varias modificaciones a lo largo de su historia, a día de hoy conserva un buen número de elementos originales, así como la disposición de las salas que actualmente albergan sus exposiciones. Además, durante la segunda mitad del siglo XX, sirvió de sede para el Museo Provincial — hoy situado en la Casa del Sol — y sus espacios recreaban el ambiente en que vivían sus primeros moradores.

La Fundación Rodera-Robles adquirió este inmueble y llevó a cabo una serie de obras muy cuidadosas para dotar al edificio de las instalaciones necesarias que pudieran propiciar el actual uso museístico. Un espacio que en la actualidad cuenta con una colección permanente integrada por pinturas, diversas piezas decorativas y objetos curiosos propiedad del matrimonio, así como sucesivas muestras de carácter temporal dedicadas tanto a la propia ciudad de Segovia como a sus ciudadanos e instituciones más ilustres.